

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL Y EL PRESTIGIO DE LA PROFESIÓN MILITAR

Miguel MOLINERO FERNÁNDEZ



L prestigio de una profesión viene dado por la estima general en que se tiene el «bien» que su ejercicio reporta a la sociedad. Así, el merecido prestigio de la medicina o el derecho, pongamos por caso, se debe al general aprecio de la salud y la justicia, bienes que esas profesiones procuran, aunque sean las que más entienden, respectivamente, de enfermedades y delitos. ¿Por qué se ha venido en identificar la profesión militar con la guerra, que es el mayor

de los males, y no con la paz, el mayor de los bienes, cuya defensa constituye la verdadera razón de ser de la profesión de las armas?

Hubo un tiempo en que los conflictos bélicos se dirimían entre los ejércitos y armadas, y la guerra era un asunto que a los hombres de armas correspondía resolver, enfrentándose «caballerosamente» en los campos de batalla de la tierra y de la mar; tiempos aquéllos en que el fragor de los combates no alcanzaba a los pueblos en retaguardia de sus ejércitos, que veían en ellos el escudo interpuesto frente a sus enemigos y las armas que podían librarles de las servidumbres de la derrota o proporcionarles el ansiado botín de la victoria.

Desde que la guerra no es sólo la confrontación entre las «armas de las naciones», sino un enfrentamiento general de las «naciones en armas» que empeñan en la lucha todos sus recursos humanos, materiales y morales, la destrucción es un «objetivo militar». Las nobles armas de la profesión militar, que no estaban concebidas para ese fin, evolucionan y llega a ser tal su alcance y potencia destructora que el campo de batalla no tiene límites y los horrores de la guerra alcanzan a toda la población civil. Llegado este punto, los pueblos verán por siempre en los ejércitos más a los agentes de destrucción que fueron su azote que a quienes pueden librarles de tamaño sufrimiento en el futuro. ¿Podría llegarse a un mayor desprestigio de la profesión militar?

Qué lejos llegarían a estar, con el «progreso» de la humanidad, los conceptos de la paz, la guerra y las armas de los que se sustentaban en aquellos tiem-



pos menos «civilizados». La evolución de la artillería y el posterior empleo militar de la aviación y los misiles hicieron progresar la ciencia bélica, pero sirvieron también para acelerar el proceso de envilecimiento de la guerra. Mientras el progreso científico y técnico se aplicó a depurar los métodos y perfeccionar los instrumentos de que se sirven todas las demás profesiones para hacerlas más civilizadas y benefactoras, la invasión por la ciencia del arte de la guerra la deshumanizó y ha relegado paulatinamente al militar al papel de

mero sirviente de armas destructivas, cuando no ingenios de exterminios, que otros profesionales, los científicos e inventores desarrollan, y los políticos deciden y ordenan emplear. ¿Puede imaginarse una mayor degradación del concepto de las armas como instrumentos de la profesión militar?

El gigantesco hongo de las explosiones atómicas con que finalizó la segunda guerra mundial siguió proyectando sobre la humanidad su siniestra sombra, renovada continuamente por los ensayos nucleares con que se disuadían mutuamente las superpotencias. Las armas, más que para defender la paz, servirían para suplantarla por una «guerra fría» que mantuvo «congeladas» durante medio siglo las veleidades de escalada bélica en el mundo, proporcionándole la larga tregua que necesitaba para asentar la paz sobre bases más firmes y racionales que el equilibrio por el terror. Concluida esa tregua al desarticularse la amenaza soviética, no puede darse por sentada la paz en el mundo, pues subsisten en él, si bien más controlados, los terroríficos armamentos, y persisten, tal vez más aumentadas que corregidas, las causas que pueden perturbarla y de hecho la están perturbando. La verdadera paz continúa siendo una utopía y el mundo ha de conformarse por el momento con una «paz fría» que, como la anterior guerra fría, sigue siendo un armisticio, si bien sustentado en un equilibrio más razonable, cual es que el poder de convicción de la causa de la paz prevalezca sobre el poder de disuasión de los terribles armamentos bélicos. ¿Cabe una mayor ambigüedad e imprecisión de los conceptos de la paz y la guerra que ha caracterizado este último período de la Historia?

Hoy, un nuevo orden mundial trata de asentar la paz sobre nuevos y más sólidos fundamentos, cuales son el impulsar la cooperación internacional para erradicar las profundas desigualdades que generan los odios y la violencia, y fomentar la tolerancia como base de la convivencia pacífica y la negociación como forma de resolver las desavenencias. Multitud de organizaciones, tanto

gubernamentales como no gubernamentales, extienden a lo largo y a lo ancho de un mundo sin fronteras las ayudas de todo tipo y los bienes de la cultura y el desarrollo; y se fomenta y crece el respaldo social a todo tipo de movilizaciones en favor de la paz y en contra de la violencia. Pero, a diferencia de otro tiempo —recuérdense los incumplimientos del Tratado de Versalles—, ahora la paz se defiende con las armas si es necesario, y las fuerzas militares multinacionales intervienen por iniciativa de los organismos encargados de velar por la seguridad mundial en todo momento y lugar en que esté amenazada y sea necesario mantener, restablecer e incluso imponer la paz, así como prestar o asegurar la prestación de ayudas humanitarias que palién las consecuencias de las guerras.

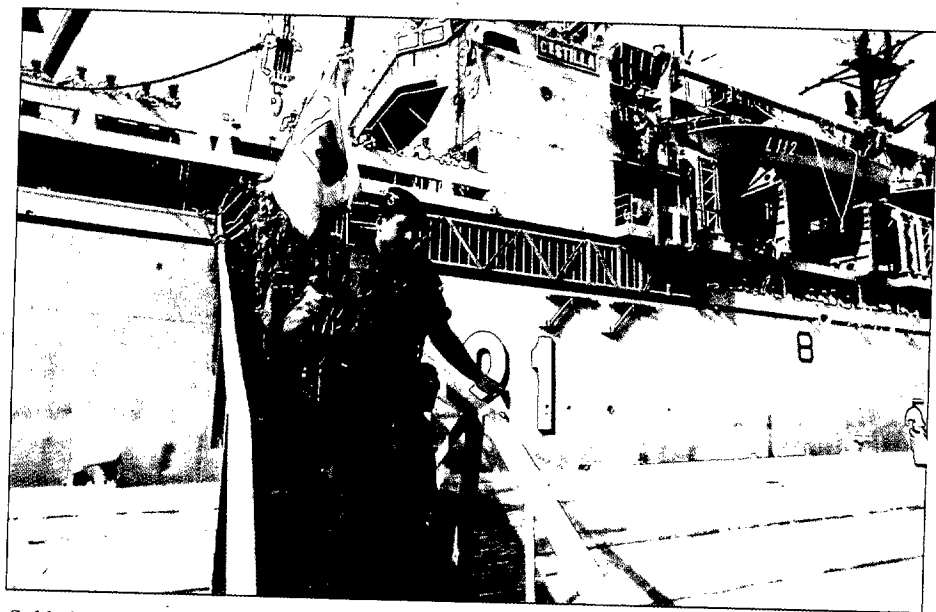


Representación de la Armada española en el desfile conmemorativo de la victoria de la guerra del Golfo, en la Quinta Avenida de Nueva York. (Foto del libro «Militares españoles en el mundo». Ministerio de Defensa, 1991).

El más importante proyecto mundial es «construir» la paz, y la guerra se contempla como una incidencia en ese proceso que se ha de prever, corregir y atajar a tiempo para que no llegue a entorpecerlo o hacerlo fracasar. La guerra sigue siendo, como en otro tiempo se dijo, «un asunto demasiado importante para dejarlo en manos de los militares»; pero ahora se reconoce que la paz es

un bien demasiado valioso y frágil para mantenerlo sin los militares, que son los encargados de su defensa.

El hecho de que los militares vuelvan a ser considerados los paladines de la paz es una «oportunidad histórica» para que la profesión militar recupere su prestigio social, haciendo de ella una práctica noble y humanitaria (humanitario es todo lo que procura el bien de la humanidad). Es llegado el momento de empezar a desandar, a «paso ligero», el largo camino que llevó al envilecimiento de la guerra, y el primer paso es conseguir que la destrucción no sea nunca más un objetivo militar, «regenerando» las armas y la táctica de su empleo en orden a esa finalidad, y poniéndolas en manos de personal experto y con una sólida formación militar. Los «ejércitos de masas» que fueron válidos para hacer la guerra no son útiles para defender la paz y se impone el modelo de «ejército profesional».



Soldados españoles, a bordo del *Castilla*, regresan de Irak. (Foto del libro «Militares españoles en el mundo». Ministerio de Defensa, 1991).

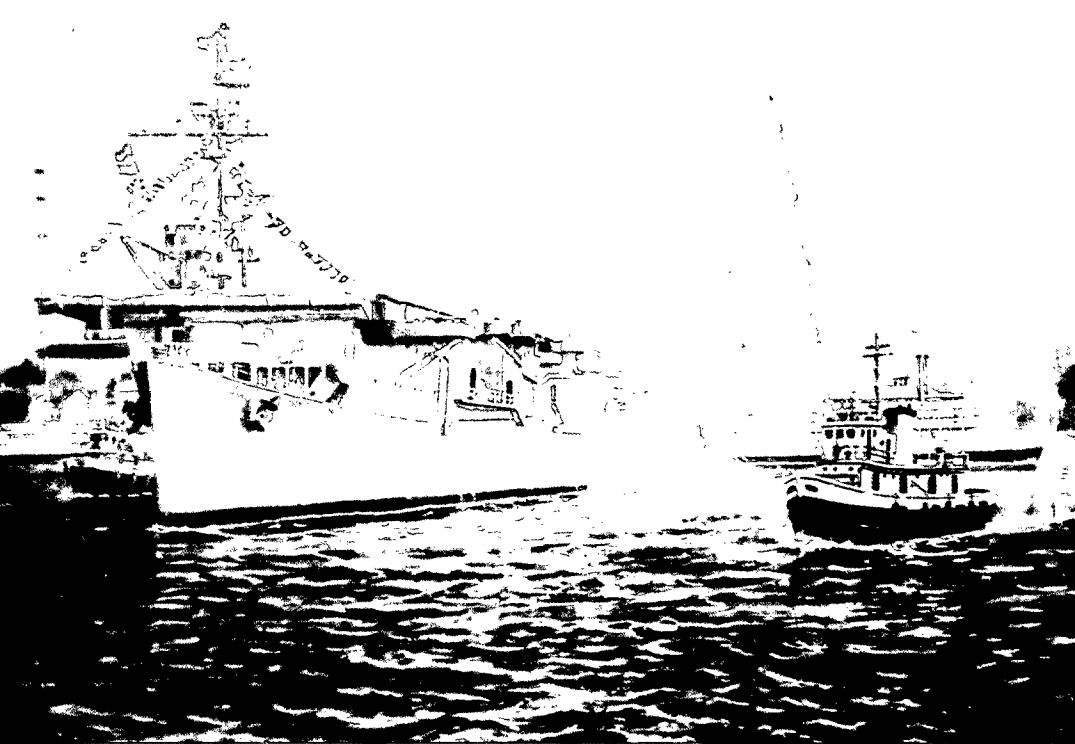
Los ejércitos de la paz han de estar preparados para la guerra, única forma de ser eficaces, pero sus armas y medios de combate deben ser los apropiados para neutralizar selectivamente aquellos objetivos específicamente militares que cada misión requiera, sin ocasionar víctimas o daños incontrolados y respetando a la población civil. Las armas de destrucción masiva o indiscriminada, aun cuando puedan seguir siendo necesarias para la disuasión política en evitación de una guerra de exterminio, deben ser proscritas de los usos norma-

les de la guerra en defensa de la paz que corresponde hacer a los ejércitos, sin que quepa justificar su empleo militar para ahorrar esfuerzos y bajas. Los militares están llamados a defender bienes y salvar vidas, aun a costa de arriesgar la suya. ¿Qué otra cosa es esto que volver al más genuino concepto de la profesión militar, ejercerla conforme a los usos y costumbres más caballerescos de la guerra y reservar las armas para defender la paz, el fin más noble que siempre debieron cumplir?

Pero las armas para defender la paz son mucho más costosas que las que sólo sirven para hacer la guerra, y no todas las naciones disponen de los recursos económicos, científicos o técnicos para obtenerlas. Sólo los ejércitos bien dotados de medios modernos y armas selectivas de precisión «quirúrgica» pueden intervenir de forma plena y efectiva en misiones de pacificación que requieran el uso de la fuerza; los que no lo estén quedarán normalmente relegados al desempeño de misiones de ayuda humanitaria, misiones muy nobles y dignas que prestigian la profesión militar, pero que no constituyen su verdadera finalidad. Una fuerza militar que participe en una misión de pacificación, bien que sólo sea humanitaria, con armas inadecuadas o con personal inexperto puede ocasionar mayores víctimas y daños que los que trata de evitar, lo que sería un fracaso militar injustificable ante la opinión pública, que afectaría negativamente al prestigio de los ejércitos.

La paz tiene un coste difícil de asumir y no basta que nuestra nación apueste por ella y que la sociedad española se solidarice con toda iniciativa para construirla, hace falta que se movilice también para defenderla. La plena profesionalización de los ejércitos podrá dispensar a los ciudadanos del servicio militar en tiempo de paz, pero les compromete de otro modo, mucho más continuado y exigente que un corto período de prestación personal en filas, cual es contribuir, responsable y solidariamente, a la fortaleza de los ejércitos profesionales que garantizan la seguridad de la nación y participan activamente en la defensa de la paz.

Arduo propósito es crear y mantener unos ejércitos profesionales, eficaces y bien dotados, si no se moviliza una conciencia de defensa en la sociedad que les apoye y respalde. La contribución de la sociedad a la defensa nacional es imprescindible; pero no sólo puede cifrarse en términos económicos, para dotar a las Fuerzas Armadas de armas y recursos, ha de expresarse también en forma de sentimientos colectivos, aportándoles algo, más valioso que el dinero y que les es aún más necesario: la estima social y el estímulo y aprecio de sus compatriotas, pues no tanto en las armas estriba la fortaleza de los Ejércitos como en su prestigio y en la moral que anima a quienes hacen de ellas su profesión.



El portaaviones *Dédalo* rindiendo su última singladura. Nueva Orleans, 5 de agosto de 1989. (Foto: Juan Pita da Veiga Jáudenes).